

JAIME PERALTA

LA PREOCUPACION AMERICANA EN MIGUEL DE UNAMUNO

LAS RELACIONES entre España y sus ex provincias ultramarinas, luego de la Independencia de estas últimas, adoptaron las peores formas que darse pueda en lo que hace a ignorarse mutuamente, en lo que hace a desdenes recíprocos y en lo que se refiere a torpes medidas de gobierno de la Corte de Madrid, incapaz de comprender lo inevitable de un fenómeno histórico y sin la resignación suficiente, o quizás la inteligencia, para abordar con valentía el problema de su propia impotencia. Pero, en todo caso, en un recuento de lo pasado, no es justo cargar la mano sobre el gobierno de Madrid. Hay que tener en cuenta dos puntos que son esenciales en esta cuestión y que bien vale la pena no olvidar: la Independencia hispanoamericana, más que un proceso de emancipación, lo fue de disgregación de un cuerpo político y social, y ese proceso de disgregación afectó igual y simultáneamente a España y a América; además, y aun cuando en este siglo ya es algo que se ha repetido hasta la saciedad, no fue la guerra de la Independencia una guerra de la Península contra las provincias americanas, ni de éstas contra España, sino una típica guerra civil, donde los elementos internos de disolución —odios de castas, rencores y resentimientos— se unieron a los externos —Independencia de Estados Unidos, acción internacional de Inglaterra, liberalismo, actividad de las logias masónicas— para crear un confuso panorama que hasta la fecha no ha sido totalmente aclarado.

La Independencia hispanoamericana costó, por la misma razón de ser una contienda entre hermanos, siempre más despiadada y cruel que la entre extraños, mucha sangre y mucha destrucción. Significó en ocasiones el salto atrás, porque se deshizo lo que tres siglos de esfuerzo habían ido levantando. Sea como sea, fueron largos años de duro bregar, desde que en 1810 se reunieron las primeras Juntas conservadoras de los derechos de Fernando VII hasta que en 1824 quedó sellada

definitivamente la suerte del continente americano en la batalla de Ayacucho. Por eso, el encono ha subsistido como flor amarga, ayudado por una educación que no ha enseñado al joven hispanoamericano a sentir profunda y ampliamente la historia de su continente, sino que lo ha aferrado a ciertos conceptos caducos, comprensibles como arma de combate en la época de la Independencia, pero inadmisibles para una mentalidad de hoy.

A pesar de todo y lentamente, sin embargo, con el correr del tiempo las asperezas se han ido limando, y poco a poco se ha ido dando paso a la conciencia de que hay una hermandad de espíritu y de lengua que hasta la fecha nadie ha podido romper.

No se ha recorrido —es preciso confesarlo—, todavía, todo el camino del reencuentro. De parte de España no ha dejado de haber, aun en lo que va de este siglo y en especial después de la guerra civil que destrozó la Península entre los años de 1936 a 1939, ciertas añoranzas imperiales un tanto pueriles, pero que por descontado caen muy mal a los hijos de allende el mar. De parte de estos últimos, una tonta soberbia y un localismo carente de horizontes, los ha recluido en un apartamiento lugareño y montaraz que nada bueno procura a una causa que debe ser común, porque se trata de una comunidad de pueblos que necesitan cada vez más el intercambio y el conocimiento.

Las corrientes de pensamiento de España en el siglo XIX y en el XX no han tendido, precisamente, a plantearse de una manera satisfactoria el problema de justo entendimiento con las naciones americanas. Ha faltado a veces no sólo el interés, sino el deseo de revisión de las actitudes, para que éstas se transformen en viables. Desde el punto de vista literario, Juan Valera, a fines del siglo pasado, con sus *Cartas Sudamericanas* y su atención por las cosas del Nuevo Mundo, no terminaba de convencer a un crítico tan lúcido como el peruano Manuel González Prada, el cual, en un artículo dedicado al autor de *Pepita Jiménez*, daba muy bien la pauta del pensamiento hispanoamericano en lo que concierne al paternalismo cultural que han querido asumir los intelectuales españoles. *En esas Cartas —observa González Prada—, que deberían llamarse Epístolas de un nuevo San Pablo a los efesos, revela intenciones (Valera) de convertirse en apóstol o emisario de la buena palabra. Se desvela por hacernos el bien, no como ese pícaro arriero de Cervantes, que se pasaba la noche en blanco porque le “tenían despierto sus malos deseos” de refocilarse con Maritornes. Considerando con razón a España como nuestra madre y creyendo posible nuestro regreso a la vida de feto, quiere convertirse en el cordón umbilical.*

En 1898 estalla la guerra entre Estados Unidos y España que trae

la consiguiente pérdida de Cuba, Puerto Rico, las islas Filipinas y de algunas islas del Pacífico. Esto significaba para España el término del drama de independencia hispanoamericana que había empezado en 1810. La llamada Generación de 1898, cuyos componentes adoptan una posición ideológica similar frente al desastre de España, no tendrá, si bien se mira, especiales puntos de vista sobre América. Es natural y explicable. El golpe sufrido había sido demasiado intenso, demasiado brutal y doloroso para tener cuidados por otra cosa que el atender a la propia llaga. La Generación de 1898 marca así, para hablar con lenguaje de catecismo, la iniciación de ese prolongado examen de conciencia en que se sume la intelectualidad española y que aún no termina de hacerse. El *Dios mío, ¿qué es España?*, de Ortega y Gasset, sigue vibrando todavía en los oídos de la gente de la Península. Parece ser también como si de repente toda aquella España de oropel que fue la del siglo XIX fuera contemplada por esta Generación en esa desnudez y desamparo que resuena en los terribles versos de Antonio Machado:

*Castilla miserable, ayer dominadora,
envuelta en sus andrajos, desprecia cuanto ignora.*

Por supuesto, ni en estos hombres ni en los de la generación anterior, como el ya citado Juan Valera y sobre todo Marcelino Menéndez y Pelayo, deja de haber interés genuino en las letras de América. Al fin y al cabo, la unidad lingüística pesa y no hay más remedio que estar al tanto de lo que aparece en español, ya sea en éste como en el otro lado del Atlántico. Pero ni la resurrección fantasmal que hiciera Ramiro de Maeztu de los ideales del Imperio español en su *Defensa de la Hispanidad*, ni la sátira honda y desgarrada de Ramón del Valle-Inclán de los pueblos hispanoamericanos en *Tirano Banderas*, bastaban. Era preciso mucho más. Y el único que tuvo una visión no sólo aceptable, sino desde todo punto digna de elogio del continente americano, fue Miguel de Unamuno. Tuvo la intención de visitar la América española, pero nunca pudo hacerlo: *Mis relaciones en esos pueblos sudamericanos crecen de día en día; deseo visitarlos y contar luego a mis compatriotas, que me escuchan bastante, lo que ahí haya visto y oído*, escribía en 1906 al poeta uruguayo Juan Zorrilla de San Martín. Fue una pena para el continente americano que nunca realizara este viaje; hubiera enriquecido no sólo al propio Unamuno con nuevas incitaciones para su pensamiento, sino también habría contribuido a que éste, con su mirada clara, ayudara a allanar esa senda tan espinosa que conduce al entendimiento integral entre España y América. Algu-

nos de los de primera magnitud entre sus contemporáneos, como Valle-Inclán y Gregorio Marañón, visitaron América. Anteriormente también lo había hecho Juan Valera. Unamuno, sin embargo, jamás pudo llegar a adentrarse, físicamente, en la atmósfera del Nuevo Mundo.

Esto no fue obstáculo para que, con mejor fortuna que otros, penetrara a mayor profundidad en las dimensiones de Hispanoamérica. Lo que dijo de la literatura o de los hombres más ilustres del continente, permanece todavía hoy con tanto valor como cuando se expresó. Unamuno leyó mucho sobre América y tuvo correspondencia con no pocos de los hombres más destacados de las letras hispanoamericanas. Se mantuvo siempre al corriente de cuanto importante y significativo se escribiera al otro lado del mar. Bien ha sabido devolverle el mundo hispanoamericano esta predilección, porque no es aventurado asegurar que Unamuno, más que nadie de los representantes de la Generación de 1898, ha sido apreciado y ponderado en América y pocos le han ganado allí en influencia sobre las jóvenes generaciones.

En los diferentes artículos de su colección de ensayos en *Contra esto y aquello*, Unamuno aborda temas genuinamente hispanoamericanos y lo hace, no con la pedantesca presunción del maestro que da normas, sino del espíritu curioso que se siente atraído por las cuestiones que atañen a un continente que en cierta medida va también, como España, metido en su alma. Por eso, en el comentario que hace al libro del argentino Ricardo Rojas, *La restauración nacionalista*, al hacerse cargo de la queja del escritor argentino de la ignorancia que existe en Europa sobre Hispanoamérica y que se dé el caso de personas que pasan por cultas y que apenas saben hacia dónde cae Buenos Aires, Unamuno otorga plena razón a Ricardo Rojas y agrega que en cuanto a él, cree *ser una excepción a esa incuriosidad europea*. Y repite: *... me han interesado y me interesan las cosas de toda América...*

Su posición frente al continente hispanoamericano es una de las posiciones más honradas, más francas y a la vez, más constructivas que pueda ofrecer un escritor español de este siglo. Contrario a un sentido monopolista de la cultura, rechaza de plano las pretensiones de conservar, a este respecto, al Nuevo Mundo, en una situación subordinada: *... me parecen dañosísimos y disparatados —exclama— los pujos de magisterio literario respecto a América, que aquí en España se dan muchos, el desatinado propósito de ejercer el monopolio del casticismo y establecer aquí la metrópoli de la cultura. No; desde que el castellano se ha extendido a tierras tan dilatadas y tan apartadas unas de otras, tiene que convertirse en la lengua de todas ellas, en la lengua española o hispánica, en cuya continua transformación tengan tanta partici-*

*pación unos como otros. Un giro nacido en Castilla no tiene más razón para prevalecer que un giro nacido en Cundinamarca, o en Corrientes, o en Chihuahua, o en Vizcaya, o en Valencia. La necia y torpe política metropolitana —continúa— nos hizo perder las colonias, y una no menos necia ni menos torpe conducta en cuestión de lengua y de literatura podría hacernos perder —si estas cosas se rigieran por procedimientos de escritores y literatos— la hermandad espiritual. Y la conclusión de este largo párrafo, que se ha de perdonar en aras de lo fundamental que acarrea para la solución de ese duelo cultural España-América tan nefasto para las dos porciones enredadas en él. Termina Unamuno: *Tenemos que acabar de perder los españoles todo lo que se encierra en eso de madre patria, y comprender que para salvar la cultura hispánica nos es preciso entrar a trabajarla de par con los pueblos americanos, y recibiendo de ellos, no sólo dándoles.**

Resulta en ocasiones casi risible y siempre desconsolador, sopesar el grado de ignorancia que hay en la Península sobre América. En la población en general el desconocimiento linda en lo absoluto. En los medios intelectuales, atrae más la lectura de la última importación francesa o inglesa, o en los últimos años, norteamericana, que la de una prosa rica en sugerencias de lenguaje, como puede ser la de un Miguel Angel Asturias o un Alejo Carpentier. El idioma de los periódicos o de los escritores considera más digno, parece, copiar el giro o la palabra franceses, que aceptar el de más legítimo cuño que puede venir del otro lado del océano. Conversando con un novelista español de la última hornada, que estuvo hace algún tiempo de visita en Gotemburgo, se le hacía ver la casi franciscana pobreza de lenguaje de que hacen gala los novelistas españoles contemporáneos frente al brillo formal, que en todo caso cuida de caer en un barroquismo de mal gusto, de algunos de los mejores hispanoamericanos de la hora actual. La fantasía creadora del lenguaje, que redundaba en una mayor belleza y expresividad, ¿ha terminado por ser patrimonio exclusivo de estos últimos? Hay, a *grosso modo* y dándolo como una impresión general que no pretende por ningún motivo ser verdad indiscutida, una especie de apagamiento en el idioma literario de la Península, que no se sabe si obedece a la busca deliberada de la expresión corriente, de todos los días, o simplemente es pecado de carencia de imaginación. El escritor en cuestión, que hasta la fecha lleva publicadas tres o cuatro novelas y que goza de justa fama tanto en España como en otros países europeos donde ha logrado la traducción de sus obras, no había leído sino a uno o dos de los mejores novelistas hispanoamericanos del siglo xx y se manifestó sumamente interesado cuando se enteró de que Horacio Quiroga, que falleció en 1937 y nació en el Uruguay en 1879,

continúa siendo el más grande de los cuentistas que Hispanoamérica ha dado a la lengua española... No sólo no lo había leído; ignoraba su existencia... Falta de información o lo que se quiera, pero en alguna medida, increíble.

Volviendo al tema unamuniano, hay un aspecto de su preocupación por América que es menester poner de relieve. Unamuno en sus escritos y en su vida no hizo *hispanismo* en el sentido tan hueco que este precioso término tiene para muchos. Como en todo lo que atañe a Unamuno, el rector de la Universidad de Salamanca buscó lo esencial, no la palabrería fastidiosa que pueden envolver los discursos de celebración del Día del Descubrimiento de América, ni la que supone el otorgamiento de condecoraciones, basada como siempre en *los lazos indestructibles de lengua, religión y tradición*, a que tan aficionados son a hacer venir a colación los hombres de España y de América, aunque minutos más tarde nadie se acuerde de ello para nada. No; en Unamuno estos *lazos* no se pregonan a los cuatro vientos como quien quiere deshacerse a toda costa de una mercadería barata, sino que se sienten íntima y cordialmente. Además, son demasiado importantes, demasiado decisivos en Unamuno para que se resuelva a desperdiciarlos inútilmente. Su labor entonces, en lo que a Hispanoamérica concierne, fue siempre comprensiva, seria, deseosa de encontrar la debida valoración de esos pueblos americanos a los cuales le acercaba, más que la curiosidad meramente científica de su ser inquieto por todo lo que fuera humano, el amor que con tanto ímpetu abarcó en Unamuno a raza y gente de España y de América. Si a sí mismo se consideró ciudadano de la patria donde su idioma se hablara, hubiera sido una grave contradicción no extender esa ciudadanía espiritual desde México al Cabo de Hornos.

Agudo juicio demostró para estos pueblos. Elogiando ese modelo de república aristocrática que fuera Chile desde 1830 hasta 1890, dijo un día que las dos mejores cosas que habían hechos los vascos habían sido la Compañía de Jesús y la República de Chile. No sé si Unamuno se atrevería a consignar ahora lo mismo de este país, luego de un proceso de desarrollo que no ha conseguido todavía hacer encajar una estructura política estable con una justicia social amplia, pero en todo caso revela hasta qué punto Unamuno conocía ese milagro histórico que fuera el Chile del siglo XIX frente a la anarquía casi crónica del resto de los países hispanoamericanos. No es parco en la alabanza cuando sabe a quien va dirigida. Por eso escribe en su artículo *Algo sobre la crítica: Chile es hoy, después de la Argentina, el pueblo americano en que con más y mejores amigos cuento; en cada correo me llegan expresiones de aliento y de simpatía. Es uno de los pueblos en que creo contar con más lectores, y dentro de su número tal vez con*

los más atentos y los más reflexivos. Claro está que no todos los que de allí me escriben aplauden sin reservas mi labor, sino que con frecuencia me oponen reparos y censuras de buena fe; así es y así debe ser.

Su penetración psicológica es notable cuando se refiere al patriotismo chileno. *La patriotería* —indica— lo que los franceses llaman “chauvinisme” es una especie de enfermedad del patriotismo, cuando no un remedo de éste, y en Chile, donde el patriotismo sano, el normal, o si se quiere llamarlo, forzando la metáfora, fisiológico, tiene tan hondas, fuertes y viejas raíces, es en uno de los países en donde menos debían consentir los patriotas que los patriotereros explayasen su manía. Unamuno acierta; nada hay que repugne más al chileno que la patriotería y si alguna vez se cae en ella por casualidad, se estima que es una desgracia y un signo de pésimo gusto.

No todo fueron flores de Unamuno para Chile, ni tampoco tenían por qué serlo. Nunca le gustó el más grande de los novelistas que ha producido Chile, o sea, Alberto Blest Gana. Según se cuenta, Unamuno “despotricaba contra el novelista chileno; habiéndosele advertido que, como producto nuestro, debía saboreársele en nuestra propia salsa, agregó: —Producto del ambiente . . . pero sin el vigor ni la personalidad gaucha de Sarmiento.

Domingo Faustino Sarmiento, el político, educador y escritor argentino que llegó a ser Presidente de la Argentina en el período entre 1868 y 1874, autor de *Facundo*, enemigo jurado del dictador Rosas a cuya caída contribuyó en forma decisiva; Sarmiento, que redujo el problema de la América española a una lucha entre la civilización y la barbarie, contó con la admiración incondicional de Miguel de Unamuno. Más de un parentesco espiritual había entre ambos hombres. Sarmiento, todo corazón y voluntad, plantado como un Quijote frente a los molinos de viento de la ignorancia y de la superstición, caballero del ideal como el caballero manchego, despertó una cálida simpatía en Miguel de Unamuno. Hay multitud de páginas suyas dedicadas a Sarmiento; en pocos de sus escritos referentes a cuestiones americanas deja de haber una referencia al gran argentino. *Si algún criollo ha cultivado la manía de atribuir las deficiencias de su casta, dice de Sarmiento, —o las que le parecían tales, aun sin serlo— a la herencia española, fue el que en el campo de la literatura marcó la mayor genialidad, el escritor americano de lengua española que hasta hoy se nos ha mostrado con más robusto y poderoso ingenio y más fecunda originalidad. Claro está que me refiero al argentino Domingo Faustino Sarmiento. Sarmiento habló mal de España siempre que tuvo ocasión de hacerlo, y hasta inventando ocasiones para hacerlo. Y, sin embargo, Sarmiento era profunda y radicalmente español. Sentía, como es común entre los crio-*

llos, adoración hacia Francia, y su genio era lo más profunda y radicalmente contrario al genio francés. Lo antiespañol era en él lo pegadizo y externo.

Pero no fue sólo Sarmiento, en la literatura argentina, el que recibió la certera apreciación de Unamuno. Ya en 1892 y cuando Unamuno contaba veintiocho años de edad, escribía en una carta a un amigo entusiastas frases sobre el *Martín Fierro*, la obra maestra de la literatura gauchesca. Decía: *¿Has oído hablar de Martín Fierro, el poema gauchesco del argentino José Hernández? Si tengo el gusto de verte te lo prestaré. Es una cosa muy grande. Está escrito en "gaucho", son décimas para ser cantadas a la guitarra... Es el primer poeta en lengua castellana (o parecida) que viva hoy, a mi gusto. Del empuje de los primitivos; asombroso.*

También resulta asombroso oír esta opinión de sus labios, cuando hasta muchísimos años después en España algunas mentes no tan sensibles negaban rotundamente a *Martín Fierro* no sólo su calidad de poema excepcional, sino aun de poema. Reparos se le pusieron por la libertad en el uso de la lengua popular, como si este empleo restara siquiera un ápice de sus virtudes poéticas. Con anticipación y claramente había visto Unamuno lo que a otros les costó ver: la magnífica adquisición que hacía la lengua española con un poema como el de *Martín Fierro*. Al saludar con verdadero alborozo la aparición del ahora célebre poema gauchesco, Unamuno no hacía sino confirmar su criterio de que lo bueno que venía de América debía ser aceptado tal como era, sin que fuera menester pasar primero por la criba de Madrid. En 1892 aplaudió sin reservas *Martín Fierro*; los años le han dado plena razón.

Y siempre con la literatura rioplatense, no es posible olvidar por la importancia que tuvo, la correspondencia entre Unamuno y tres señeras figuras de las letras uruguayas: Juan Zorrilla de San Martín, José Enrique Rodó y Carlos Vaz Ferreira. Con el primero, autor del poema con tema indígena *Tabaré* —acaso el más hermoso que haya inspirado la vieja raza americana, si se descuenta la grandeza épica de *La Araucana* de Ercilla—, sostuvo Unamuno una bastante nutrida correspondencia, recogida y estudiada por el profesor Manuel García Blanco y presentada como comunicación o ponencia a las II Jornadas de Literatura Hispánica, reunidas en Santiago de Compostela en julio de 1954. En carta de mayo de 1906 a Juan Zorrilla de San Martín, le dice Unamuno: *Es usted para mí el más "mío" de cuantos poetas escriben hoy en castellano, y soy difícil.* Y antes, en algunas consideraciones hechas sobre literatura hispanoamericana, había enjuiciado *Tabaré* en la siguiente forma: *De las obras inspiradas en el amor a esos antiguos pue-*

blos indígenas sólo conozco una de veras hermosa, el más sentido y más hermoso poema americano que conozco, y es el magnífico "Tabaré", del grande, del grandísimo poeta uruguayo Zorrilla de San Martín. Y luego después reitera esta apreciación tan laudatoria: Zorrilla de San Martín es un poeta, un verdadero poeta, un gran poeta, un hombre que posee una imaginación riquísima al servicio de un sentimiento no menos rico que ella. Su poema "Tabaré" es uno de los pocos, poquísimos poemas escritos en lengua castellana, cuya lectura he podido repetir, y en algunas de sus partes más de una y de dos veces.

La obra de José Enrique Rodó, el uruguayo que con ensayos como *Ariel*, *Los Motivos de Proteo* y *El Mirador de Próspero* se convirtiera a fines del pasado siglo y principios del actual, en el maestro indiscutido de la intelectualidad hispanoamericana, no mereció de parte de Unamuno, sin embargo, el mismo entusiasmo. El estilo de Rodó le parecía falso y entre Rodó y Vaz Ferreira, prefería a este último. Cuestión de apreciaciones, se dirá. No. Más bien, cuestión de fino olfato intelectual. A pesar de la enorme influencia ejercida por Rodó en la renovación de la literatura y del pensamiento hispanoamericanos, hoy sus ensayos resultan desprovistos de originalidad y ese estilo de Rodó, que maravilló a muchos porque parecía esculpido en mármol, oculta tras esa fachada de belleza esplendorosa la miseria de unas ideas donde el sello personal falta y donde faltan también la frescura y el vigor. Por eso, el arielismo de Rodó no perduró en Hispanoamérica. Fue demasiado contemporizador, demasiado blando para que acabara de satisfacer a un continente más partidario de las soluciones tajantes que de las medias tintas. La misma razón que llevó a Unamuno a sentir tan profundamente al atrabiliario Sarmiento, le condujo a disentir de Rodó. Con este último, el parentesco espiritual no existía.

Un buen poco de gloria se agrega a esa memoria de Unamuno, si se piensa en lo acertado de sus juicios con respecto a los hombres de América. Los casos anteriormente citados no son los únicos. La crítica moderna le ha concedido plena razón también con el desdichado poeta colombiano José Asunción Silva. Silva está conceptuado hoy en día como uno de los más grandes líricos de América, como poeta por antonomasia. Pocos han tratado a José Asunción Silva, el delicado poeta que a fines del pasado siglo estremeciera la sensibilidad modernista con su *Nocturno* inmortal, con el tino, la hondura y la sutileza como lo ha hecho Miguel de Unamuno. *Un ambiente de niñez, en efecto —sostiene— se respira en las poesías de Silva, y las más inspiradas de ellas son a recuerdos de la infancia, o, mejor dicho, es a la presencia de la infancia a lo que su inspiración deben...*

Tal vez se cortó Silva por propia mano el hilo de su vida por no

poder seguir siendo niño en ella, porque el mundo le rompía con brutalidades el sueño poético de la infancia. Y aquí cabe recordar aquellas palabras de Leopardi en uno de sus cantos: "¿Qué vamos a hacer ahora en que se ha despojado a toda cosa de su verdura?"

Continúa Unamuno haciendo el distingo entre la niñez fisiológica del poeta, ya perdida, y la "niñez de alma", que como todo poeta auténtico no perdió jamás. Por eso agrega que al encontrarse *en el duro ámbito de un mundo de combate, presa debió de sentirse su alma delicadísima, como se encontraría un Adán al verse arrojado del Paraíso. Fuera del Paraíso y a la vez con la inocencia perdida.*

Los ejemplos ya dados bastan para formarse una idea de cuán noble y valiosa ha sido la tarea de Unamuno en relación con el continente americano. Las citas y los nombres podrían multiplicarse. Con Rubén Darío, sin ir más lejos, el poeta de Nicaragua que con la corriente modernista que suscitó, provocó, tanto en España como en América, una renovación tan decisiva del idioma castellano como jamás se había visto desde los lejanos tiempos del Siglo de Oro, no fueron precisamente inmejorables los contactos que sostuvo Unamuno; más tarde, a la muerte del poeta, Unamuno se arrepintió de su frialdad en el trato con Rubén Darío y de la poca importancia que había dado no sólo a esa poesía que estaba en esos momentos revolucionando la lengua española, sino al Darío hombre, hombre vivo y sufriente. Su arrepentimiento lo expresó patéticamente Unamuno en una de las mejores elegías que se han escrito en español, a la muerte del poeta en 1916.

Las grandes figuras históricas del continente, aparte de las literarias, no escaparon tampoco al interés de Miguel de Unamuno. Simón Bolívar, el Libertador, merecerá de su pluma un paralelismo lleno de sugerencias entre el brillante caudillo y ese personaje tan querido por Unamuno que es Don Quijote. Al respecto puede asegurarse que esa comparación en manos de don Miguel indica un señalado honor para Bolívar. El hombre que ha escrito *La vida de Don Quijote y Sancho* y que ha llevado su comprensión de la figura cervantina al grado luminoso a que la ha conducido Unamuno, no establece este paralelismo de su tan entrañable amado Caballero de la Triste Figura con cualquiera. De tal manera que esta gentileza para con Bolívar, que hasta hoy parece representar al continente mismo con todas sus fallas, pero también con sus sublimidades, también debemos agradecerse a Miguel de Unamuno los hispanoamericanos. De él son estas palabras referentes a Simón Bolívar, que estampa en *Soliloquios y Conversaciones: Los últimos momentos del gran Libertador son de tan intensa poesía como los últimos momentos del caballero manchego.*

Si Bolívar le resulta digno del mayor elogio que puede brindar a un

ser humano al ponerlo a la par con Don Quijote, su juicio de Artigas, el creador de la República Oriental del Uruguay, coloca a éste en su preciso lugar. Es preciso y terminante: *Artigas era un caudillo de montonera, un bárbaro suspicaz y rencoroso, un enemigo de la civilización.* También tiene palabras válidas todavía para José Martí, el mártir y padre de la patria cubana, pero más que a la acción de éste en pro de la independencia de Cuba, a su labor literaria, que lo coloca en el primer plano de los renovadores de la lengua a fines del siglo pasado.

Con cuánto ardor no defiende también Unamuno la idea de que los hombres que han luchado en América, los llamados libertadores como Simón Bolívar, José de San Martín, Antonio José de Sucre, Hidalgo, Morelos o Martí, sean elevados a la categoría de héroes comunes tanto de España como de Hispanoamérica: *...deberíamos enorgullecernos de la heroicidad de aquellos hombres —sostiene— frente a las tropas de los torpes gobiernos peninsulares y considerar una gloria de la raza las glorias de las independencias americanas.* Un eco de este deseo se ha hecho realidad no hace mucho tiempo en el parque de la Ciudad Universitaria de Madrid, al erigirse allí una estatua al General José de San Martín, copia de la misma existente en Buenos Aires. El hombre que hizo la campaña de los Andes que dio la independencia a Chile y que más tarde proclamó la del Virreinato del Perú, ha vuelto con gloria a la tierra de sus mayores...

Y para terminar, ¿no constituye una advertencia y un llamado a la unidad de los pueblos hispánicos, lo que él llama uno de sus más repetidos estribillos, o sea, *la necesidad de que todos los pueblos de lengua castellana se conozcan entre sí? Porque no es sólo —indica— que en España se conozca poco y mal a la América Latina, y que en ésta se conozca no mucho ni bien a España, sino que sospecho que las repúblicas hispanoamericanas, desde México a la Argentina, se conocen muy superficialmente entre sí.*

Sirva lo hasta aquí dicho como un emocionado homenaje a la memoria de Miguel de Unamuno, homenaje que no se hace sólo por la calidad de hispanoamericano del autor, sino también de fervoroso creyente en esta necesidad de unión y de conocimiento que tan fecundos resultados puede traer al Mundo Hispánico.

Trabajo presentado en el Instituto de Comercio de Amberes, Bélgica, en abril de 1964, para la Escuela de Intérpretes,